

# EL MUNDO FUNERARIO NEOLÍTICO PENINSULAR. ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE SU TRASFONDO SOCIAL

Isabel Rubio de Miguel  
*Departamento de Prehistoria y Arqueología  
Universidad Autónoma de Madrid\**

## RESUMEN

El mundo funerario del Neolítico peninsular cuenta con nuevos datos que ofrecen posibilidades para la interpretación de la organización social de los grupos que habitaron determinadas áreas. En especial, los testimonios relacionados con el fenómeno megalítico sugieren explicaciones alternativas pero también abren nuevos interrogantes que será necesario resolver.

**Palabras clave:** Neolítico, península Ibérica, enterramiento, megalitismo, sociedad.

## RÉSUMÉ

Le monde funéraire néolithique de la Péninsule Ibérique dispose de nouveaux restes offrant des possibilités pour l'interprétation de l'organisation sociale des groupes humains qui habitaient des aires précises. Spécialement, les données correspondant au phénomène mégalithique suggèrent des explications alternatives mais en même temps ils posent nouvelles questions à résoudre.

**Mots clé:** Néolithique, péninsule Ibérique, sépulture, mégalithisme, société.

\* Facultad de Filosofía y Letras, Ciudad Universitaria de Cantoblanco, 28049 Madrid;  
e-mail: isabel.rubio@uam.es

Al igual que sucede con muchos otros aspectos del Neolítico peninsular, la visión actual de su mundo funerario revela una notable riqueza, si bien dista mucho de existir un cuerpo de datos homogéneo para toda la Península. Los testimonios recientes permiten aportar interpretaciones que aunque sean susceptibles de discusión, señalan nuevos caminos en la investigación de un ámbito que reviste especial interés. Habida cuenta que cualquier explicación del mundo funerario no puede dissociarse de las ofrecidas para el de los vivos, cabe afirmar en el momento presente que se posee un conocimiento mucho más completo de la organización social y del mundo simbólico de las poblaciones neolíticas peninsulares, puesto que es posible profundizar en los aspectos más trascendentes de las mismas, como son los rituales funerarios, entre otros.

En anteriores aproximaciones de conjunto (Rubio, 1981-1982 y 1990<sup>1</sup>), inexistentes entonces en la bibliografía sobre el Neolítico, había señalado la escasez de datos fiables, excepción hecha de la cultura de los sepulcros de fosa para los que ya se habían establecido varios tipos. Sin embargo, se evidenciaba la existencia de enterramientos en bastantes yacimientos peninsulares neolíticos repartidos por toda la geografía peninsular excluyendo la Meseta, pero también que la adscripción cronológica segura de buena parte de ellos resultaba imposible de efectuar por carecer de referencias estratigráficas.

El rito documentado en diversas etapas del Neolítico era el de inhumación individual o todo lo más doble, practicado tanto en cueva como en asentamientos de superficie. Cuando era posible detectar el ajuar, éste se hallaba compuesto por algún vaso cerámico, brazaletes o collares de cuentas de concha o piedra (particularmente numerosos en las cuevas andaluzas) o elementos de industria ósea. Asimismo, se constataba la existencia de escasas vasijas enteras con gran número de cuentas de collar en su interior (Els Lladres y Cova de les Animes), halladas a veces en ambientes no sepulcrales (vaso de Vila Real y vasija de la Cova de la Sarsa). Por lo que respecta a los sepulcros de fosa, el ajuar era mucho más variado e incluía las características cuentas de variscita o calaíta.

<sup>1</sup> En ambos artículos se recoge la bibliografía aparecida hasta esos momentos, por lo que remito a ellos para su consulta, ya que por razones de espacio no es posible incluir aquí dichas referencias.

El caso más problemático lo constituían las cuevas andaluzas en las que, dada la abundancia de restos y la ausencia de estratigrafías, a menudo era imposible determinar la práctica del mencionado rito individual o del enterramiento colectivo (Rubio, 1981-1982, p. 70). En dos ocasiones al menos (Hoyo de la Mina en Málaga y La Dehesilla en Cádiz), se encontraron restos humanos impregnados de materia colorante, atestiguando la presencia de enterramientos secundarios. Los testimonios de las referidas cuevas andaluzas permitían suponer la posible existencia de una antropofagia ritual o, al menos, de un descarnamiento intencionado y constatar la práctica de trepanaciones o la modificación de un cráneo ("cráneo-copa" de la Cueva de la Carigüela) (Jiménez, 1990). Restaba por confirmar la intencionalidad de la cremación en determinados casos como La Dehesilla, donde se hallaron enterramientos de adultos e infantiles practicados en fosas poco profundas. El uso del ocre sin afectar a los restos se documentaba también en otros enterramientos.

Los datos que poseemos en la actualidad no desmienten lo que hemos expuesto, sino que añaden nuevas facetas que enriquecen el panorama peninsular. En el poblado de Los Cascajos (Los Arcos) en Navarra (García y Sesma, 1999) (fig. 1, A) se halló una necrópolis con veintitrés inhumaciones individuales en fosa, de reducido tamaño, con ajuares más bien pobres. Éstos y las cabañas parecían indicar una sociedad igualitaria. Hasta treinta y dos sepulturas más se distribuían por el poblado, documentándose otras tres en las proximidades de la necrópolis. En dos casos, el difunto estaba cubierto de tierra que contenía cereal carbonizado, cubriendo todo ello un nivel con grandes piedras y fragmentos de molinos y morteros (García y Sesma, 1999, p. 345). Uno de los tres depósitos rituales existentes incluía varios lechos de fauna consumida depositados en una cubeta y sobre ellos, en el centro de la fosa, un recipiente con un hacha pulimentada en su interior. Rodeando el conjunto había una serie de fragmentos de molinos de mano. Una losa de forma discoide, con un estrangulamiento en la base, posiblemente una estela, orientada al norte completaba el conjunto (García y Sesma, 1999, p. 347). En función de las cerámicas impresas e incisas halladas (fig. 1, B), este poblado podría situarse en la segunda mitad del V milenio a.C., aunque también existen dataciones de inicios del IV e incluso del último tercio de éste para las mismas. Si esta última fuera la cronología otorgada

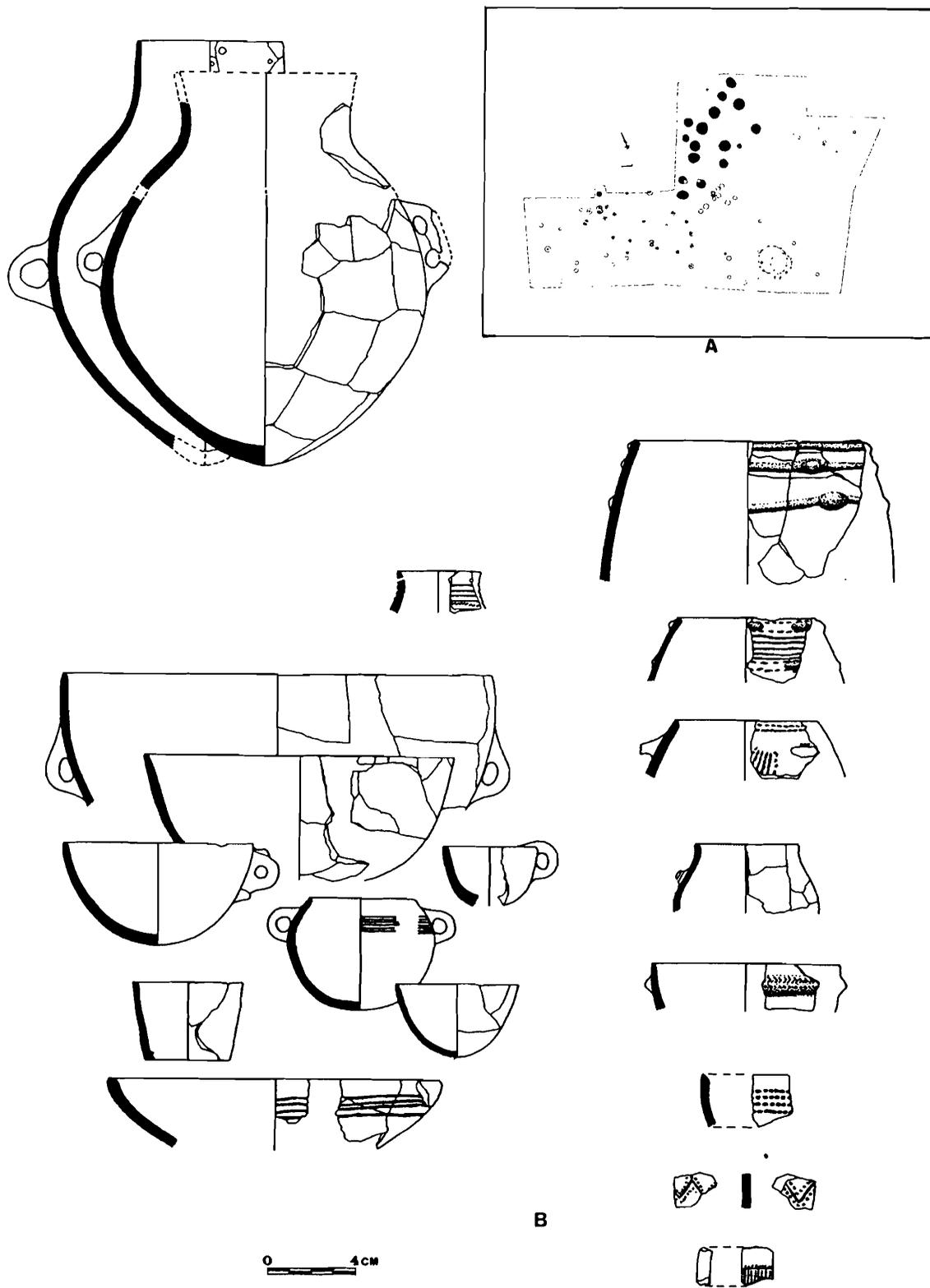


Figura 1. Planta del poblado de Los Cascajos (Los Arcos, Navarra) (A) y formas cerámicas determinadas en el mismo (B) (según García y Sesma, 1999, fig 1.3 y fig. 2).

a Los Cascajos, el yacimiento, propio de una sociedad con economía productora asentada característica de un Neolítico pleno local, podría coincidir en algún momento con el fenómeno megalítico.

Pero seguramente una de las cuestiones más novedosas es la confirmación de la fecha neolítica de algunos megalitos peninsulares. Si cronológicamente las manifestaciones megalíticas no corresponden al Neolítico más antiguo peninsular (grupos de la cerámica impresa cardial), no es menos cierto que para algunas áreas, fundamentalmente la cornisa cantábrica, se debate que la neolitización sea precisamente una aportación de los constructores de megalitos, con lo que este Neolítico sería, de todos modos, el primero para dichas regiones. En otros casos, corresponde a un Neolítico pleno (medio) como en el NE y la Meseta y a un Neolítico final, equivalente en mi opinión al Eneolítico de la terminología tradicional, en el área valenciana donde, como es sabido, se atestigua el rito de enterramiento colectivo en cueva, pero no monumentos. Portugal parece conocer pronto esta forma de enterramiento, en consonancia con otras áreas de la fachada atlántica y en Andalucía sería necesario deslindar claramente la cronología de los hallazgos en cueva, como ya se ha señalado. Por razones de espacio no me extenderé aquí en procesos sobradamente conocidos y expuestos como el nacimiento del fenómeno megalítico del NE en el contexto de la cultura de los sepulcros de fosa (facies del ampurdanés) (Martín, 1992, entre otras publicaciones). Idéntico motivo es el que me ha obligado a seleccionar únicamente algunos ejemplos representativos, reservando para un trabajo más extenso el análisis de otros casos y el desarrollo de ciertos argumentos.

Por lo que se refiere a la Submeseta sur, en los últimos años, se viene perfilando la existencia de núcleos de yacimientos con un marcado carácter simbólico que incluyen inhumaciones, quizá colectivas, posiblemente calcolíticas (Alcolea *et alii*, 1994 y Cardito, 1999-2000, p. 142), conocidos exclusivamente por prospecciones. A estos testimonios cabe añadir otros nuevos, megalíticos, de Toledo (Bueno, 2000) y Madrid, defendiéndose para estos últimos una cronología calcolítica o neolítica final (Díaz del Río, 1996), si bien J. Jiménez (2001, p. 43) atribuye su autoría a los grupos mesolíticos que fabricaban industrias geométricas trapezoidales. La fecha más antigua de las obtenidas para el dolmen de Azután (Toledo) se sitúa a principios del IV milenio a.C. (mediados del V cal. B.C.) (Muñoz, 2001, p. 48).

En la Submeseta norte, el yacimiento de La Lámpara (valle de Ambrona, Soria) proporcionó una tumba individual en fosa, de una mujer de entre 40 y 70 años (Rojo y Kunst, 1999, p. 506) (figs. 2, 1 y 2). Destacaban entre el material cerámico encontrado una vasija decorada con incisión y representación antropomorfa, depositada a los pies de la difunta (fig. 2, 4) y otra con impresiones realizadas a peine, técnicas habituales en el Neolítico más antiguo de la Meseta, hallada en el relleno de la fosa (fig. 2, 3). Las dataciones radiocarbónicas han permitido fechar el yacimiento en un Neolítico inicial (segunda mitad del V milenio a.C. o segunda mitad del VI/primeras del V cal. B.C.) (Rojo y Kunst, 1999, p. 511-512).

Por su parte, en La Peña de la Abuela, yacimiento próximo al anterior, sobre un nivel infratumular (III) con cerámicas decoradas, conchas y microlitos (Rojo, Kunst y Palomino, 2002, p. 30-31), se excavó una zona en la que las inhumaciones aparecían dispuestas individualmente (en cistas o sobre lajas de piedra a modo de expositivos) (fig. 3, 1). En éstas era posible documentar el diferente tratamiento de algunos individuos que aparecían envueltos en sudarios tejidos con mimbres y juncos, acompañados de ramos de plantas y de un ajuar más rico que el del resto (fig. 3, 2) (Rojo y Kunst, 1996, p. 97-99 y Rojo y Kunst, 1999, p. 509). Se ha defendido el carácter primario y diacrónico de estos enterramientos, sugiriéndose que La Peña de la Abuela pudo ser un panteón utilizado por varias generaciones. Estudios antropológicos practicados han avanzado que podría tratarse de un grupo familiar, lo que habría que confirmar con análisis de ADN (Lorhke, Wiedmann y Alt, 2002). Sobre la tumba pudo haberse construido una estructura revestida de lajas de piedra caliza que, mediante un complejo proceso de combustión se convirtió en una costra durísima, sellando los enterramientos (fig. 3, 2). La cronología del yacimiento se sitúa en la primera mitad del IV milenio cal. B.C., dentro de un Neolítico pleno o final que perduraría hasta un 2800 a.C. (3700-3350 cal. B.C.), fecha obtenida en el poblado de La Revilla del Campo, distante un kilómetro de los anteriores y donde proliferan las estructuras funerarias tumulares.

El uso del fuego ha sido atestiguado también en otros yacimientos de Burgos, Soria, Valladolid y Logroño (Rojo, Kunst y Palomino, 2002, p. 27-28), aunque no en todos puede asegurarse que haya sido intencionado. Por otra parte la existencia del citado

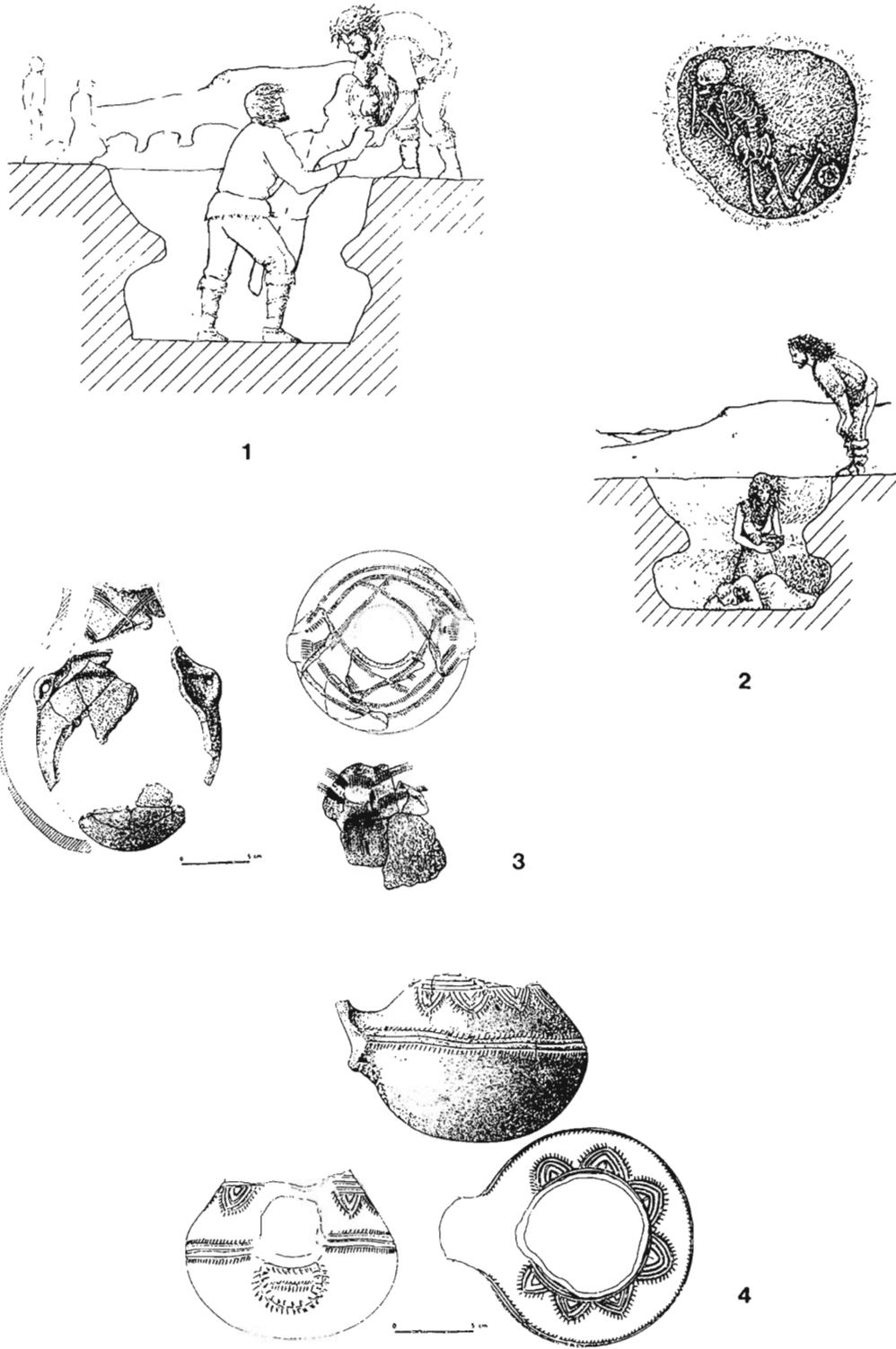
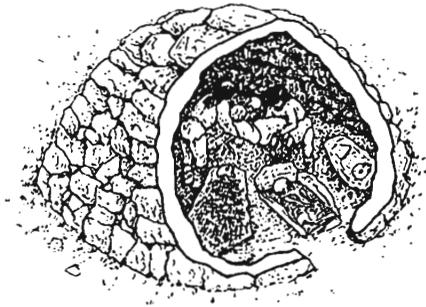


Figura 2. Recreaciones del enterramiento en fosa de La Lámpara (1) y del tipo y fase de utilización del mismo (2); vasija con decoración impresa hallada en el relleno de la fosa (3) y vasija con decoración antropomorfa depositada a los pies de la difunta (4) (según Rojo y Kunst, 1999, figs. 2, 11.A1 y A2, 4 y 3, respectivamente).



1



2



3

Figura 3. Recreaciones del tipo (1) y fase de utilización (2) del enterramiento de La Peña de la Abuela, así como de la intrusión campaniforme (3) (según Rojo y Kunst, 1999, figs. 11, B1 y B2 y 12).

proceso experimentado por estas denominadas "tumbas-calero", correspondientes a la consolidación del Neolítico del interior peninsular (Rojo, Kunst y Palomino, 2002, p. 27-28 y 36-37) no resulta evidente para todos los investigadores (Delibes y Etxeberría, 2002, p. 51-52). Según C. López (2002, p. 244), constituirían una solución más de la variedad documentada en un primer momento, hecho que se atestigua también en la cornisa cantábrica.

La atribución individual de los ajuares ha podido hacerse igualmente en El Miradero (Valladolid), supuestamente con una cámara de madera, donde éstos, que incluían entre otros elementos piezas cerámicas de falsos vasos sin posibilidad funcional, se hallaban próximos o sobre los esqueletos. Otras veces parecían ofrendas dejadas en zonas marginales (Delibes y Etxeberría, 2002, p. 43-44). Del mismo modo, el hallazgo de áreas de habitación bajo los enterramientos colectivos se repite en Los Morcales (Rojo, Kunst y Palomino, 2002, p. 22-23) y en el sobradamente conocido de La Velilla (Osorno, Palencia) que presenta dos horizontes, subdivididos a su vez en dos fases. El primero estaba constituido por una fase de cerámicas impresas y acanaladas (datada en torno al 4000 a.C.) y por una segunda con menos cerámicas decoradas, fechada en la segunda mitad del IV milenio a.C. Sobre ésta se hallaba el sepulcro colectivo en cuyo horizonte A se documentó la existencia de un enterramiento secundario, interpretado como el traslado de restos de tumbas previas para retrotraer derechos sobre el territorio o de otros megalitos en un proceso de agregación social en comunidades de mayor tamaño. Al B, datado en los inicios del III milenio a.C., correspondían los enterramientos primarios, pudiendo haberse utilizado como panteón familiar (Delibes y Zapatero, 1996). Los grupos neolíticos constructores habrían llevado una vida itinerante ocupando los mismos lugares tres o cuatro temporadas (Delibes y Zapatero, 1996, p. 342-345).

Pero los testimonios megalíticos de la Submeseta norte no se reducen a lo señalado, ya que otros monumentos habían sido publicados y datados por C14, documentándose para ciertos elementos de sus ajuares un origen último en la vertiente mediterránea (Delibes y Rojo, 1992, p. 385 y Rojo *et alii*, p. 240-241 y 245). El horizonte megalítico de La Lora (Burgos) permitió a M. Rojo (1994, p. 94) proponer dos modelos de ocupación del territorio. Uno de ellos correspondería a una

ocupación parcial en zonas aisladas entre sí. Los grupos serían muy pequeños (no más de 20 individuos) y vivirían en las proximidades del enterramiento. El aumento de población llevaría a levantar otras tumbas en el mismo ámbito territorial con capacidad para soportar este aumento, lo que conduciría a otorgar más importancia al ajuar. Las sepulturas serían abundantes y aisladas. El segundo modelo implicaría un aumento desmesurado de la población, propiciado por cambios climáticos, que conduciría a una disgregación de los grupos anteriores y a una ocupación más regular del espacio con monumentos espectaculares, muy escasos, agrupándose en concentraciones que constituían verdaderas necrópolis (Fuentepecina, entre otras). Servirían a una comunidad más grande durante más tiempo y serían una referencia de disuasión, señalando el control de los recursos en un espacio dado. Pero también existían diferencias de tamaño y de visibilidad entre los monumentos. Paradójicamente en apariencia, los monumentos más pequeños ofrecieron el ajuar más rico (Pecina IV, por ejemplo). Las estructuras megalíticas eran muy simples, por otra parte, reduciéndose a veces a un túmulo sobre el espacio de los enterramientos. La población infantil inhumada en ellos no llegaba a un 10%.

Algunos dólmenes de Cameros (Logroño) han proporcionado testimonios de ritos semejantes. Es el caso de Collado Palomero I, donde el uso de hogueras en un momento previo al cerramiento habría cambiado el significado del edificio de sepulcro a depósito en memoria del grupo, en opinión de C. López (2002, p. 240-241).

El megalitismo del País Vasco era considerado tradicionalmente un fenómeno tardío vinculado a grupos de pastores. Actualmente, parece delimitarse una etapa más antigua (segunda mitad del IV milenio y primera del III), con ajuares que incluyen microlitos geométricos (Gorrochategui y Yarritu, 1990). Se produciría entonces una ocupación de áreas de montaña debida a la presión demográfica desde las zonas bajas (Gorrochategui y Yarritu, 1990, p. 122-123) y de terrenos marginales, pero también una transformación del medio, construyéndose entonces los primeros megalitos (Trikuaitzi). Se evidencia aquí la presencia de monumentos sin cámara como Trikuaitzi II (3350 a.C.) o con cámara escasamente definida (Trikuaitzi I), pertenecientes a la estación megalítica de Murumendi (Beasain, Guipúzcoa), cuyos monumentos son tipológicamente distintos (Mújika y Armendáriz, 1991).

Por otra parte, la supuesta localización de los dólmenes en zonas de montaña, relacionada con las referidas actividades ganaderas, no se cumple en Navarra, donde se vienen produciendo hallazgos en todas las áreas (Beguiristain *et alii*, 1999).

En Cantabria, los megalitos ocupan lugares con un amplio dominio paisajístico, situándose también desde el mismo nivel del mar hasta zonas elevadas. Asimismo, son estructuras simples pero variadas, cuyos ajuares contienen, en ocasiones, microlitos geométricos (Teira, 1994). En algunos conjuntos, se documenta la existencia de zonas de ocupación además de los monumentos (Ordunte y Peña Oviedo, fechado en el 3245 a.C.). Este fenómeno se ha asociado aquí a la neolitización o por lo menos a su difusión, si se confirmara una posible ocupación de las zonas montañosas próxima o incluso anterior al 3500 a.C. (Diez, 1996, p. 335). Esta primera fase se caracterizaría por geométricos y materiales de aspecto epipaleolítico, correspondiendo a la búsqueda de pastos de altura. En una segunda fase se explotarían las zonas más bajas, abandonándose los monumentos en la segunda mitad del III milenio, aunque se documente la reutilización posterior de algunos de ellos. La dualidad de agrupaciones y monumentos aislados, así como diferencias de construcción en una misma necrópolis, se evidencian igualmente en Cantabria, habiéndose relacionado con la posición social de los individuos y los cambios de tamaño y estructura social del grupo (Serna, 1997, p. 199).

A juicio de M. A. de Blas (1987), en Asturias parece producirse una asimilación de los grupos mesolíticos (asturienses en este caso) por los constructores de megalitos. En el occidente asturiano, se practicaría una trashumancia entre la costa y la montaña, siendo los megalitos tumbas primarias u osarios según los pastores se encontraran en uno u otro lugar, ya que las necrópolis estarían lejos de la costa. En la zona oriental, en cambio, habría una economía de amplio espectro y los megalitos se situarían en los planos altos. Las necrópolis podrían así ser alcanzadas en cualquier época del año, ya que las distancias serían cortas. En general, se repite la variada situación de los megalitos, con áreas de actividad o de hábitat en las cercanías (de Blas, 1993, p. 164). Como en otros casos, se ha constatado la inexistencia de cámara en La Llaguna de Niévares A (3225 a.C. y 3190 a.C.) (fig. 4, A2) (de Blas, 1993, p. 167-169), donde es patente el polimorfismo de los monumentos (fig. 4), o en Monte Areo V (fig. 5, 2), así como

la presencia de una estructura de madera en Monte Areo XII (fig. 5, 1) (de Blas, 2000, 225).

M. A. de Blas (1993, p. 175) defiende, en relación con lo expuesto, que la productividad-potencialidad del entorno favoreció tasas de población más elevadas y una mayor pluralidad de formas culturales cuya expresión pueden haber sido monumentos tan variados como los de éstas. En todo caso, la tradición mesolítica muy fuerte pudo condicionar ciertos aspectos y sobre todo la variabilidad observada y el alto número de manifestaciones tumulares. Habría habido una monumentalidad predolménica a orillas del mar Cantábrico, en túmulos insignificantes en apariencia pero con formas de gran originalidad. Su cronología (finales del V milenio e inicios del IV cal. B.C.) se halla acorde con los primeros megalitos portugueses y gallegos<sup>2</sup> y los de La Lora. La monumentalidad tumular lograría, según el parecer del referido investigador, *“la exaltación arquitectónica y ritualizada del definitivo arraigo con sus particularismos locales y regionales del modo neolítico de vivir”* (de Blas, 2000, p. 227).

En definitiva y como conclusión, puede decirse que el rito de enterramiento de los grupos neolíticos más antiguos de la Península, como los caracterizados por la cerámica impresa cardial (inicios del V milenio a.C. o comienzos del VI cal. B.C.), es según los datos que poseemos el de inhumación individual (doble en algunos casos), en fosa, sin que puedan apreciarse diferencias entre ajuares o sepulturas, al menos en los testimonios que cuentan con una atribución cronológica y cultural segura. No cabría decir lo mismo de otros que, aún representando el primer neolítico de la zona, no responden a las cronologías más elevadas peninsulares como es el caso de la Meseta, si bien las últimas dataciones obtenidas para la misma se acercan a las anteriores.

A este respecto, M. Rojo y M. Kunst señalaron ya que el enterramiento individual de La Lámpara podía hacer pensar en la existencia de un mundo simbólico vinculado a estructuras sociales con distintas categorías para los componentes del grupo, en este caso para una mujer, como hace sospechar el cuidado en la deposición del cuerpo y el ajuar, destacando especialmente la vasija

2 No entramos aquí por razones de espacio a valorar los datos de Galicia, aunque también se ha vinculado la neolitización al megalitismo, si bien resta por confirmar la existencia de un momento premegalítico de ésta.

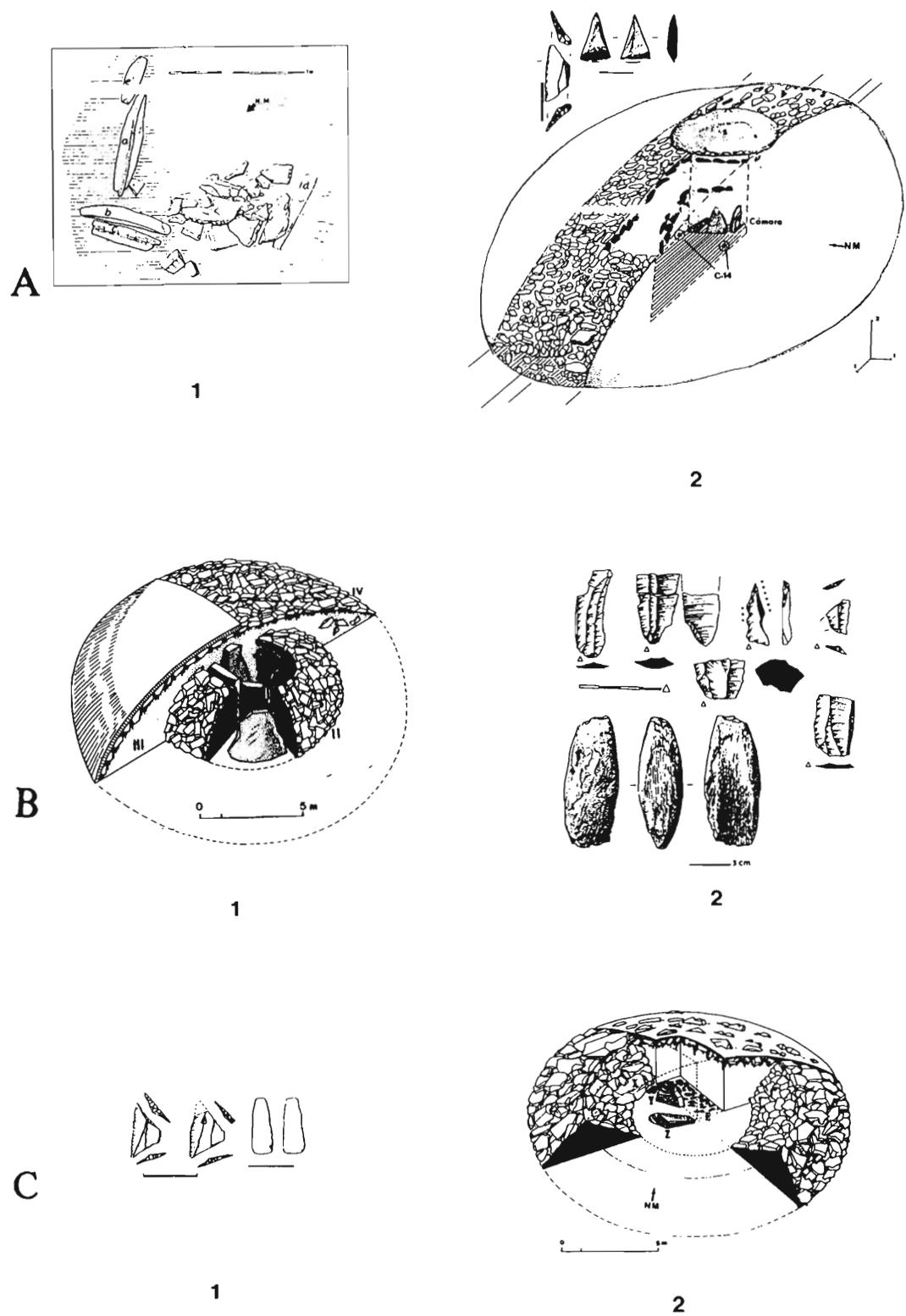


Figura 4. Conjunto de túmulos y materiales de La Laguna de Nieves: pseudocámara bajo un gran montículo (A, 1 y 2); cámara dolménica con estela contigua al recinto sepulcral (B, 1 y 2) y estructura no cameral con empedrado en el solum (C, 1 y 2) (de Blas, 2000, fig. 1).

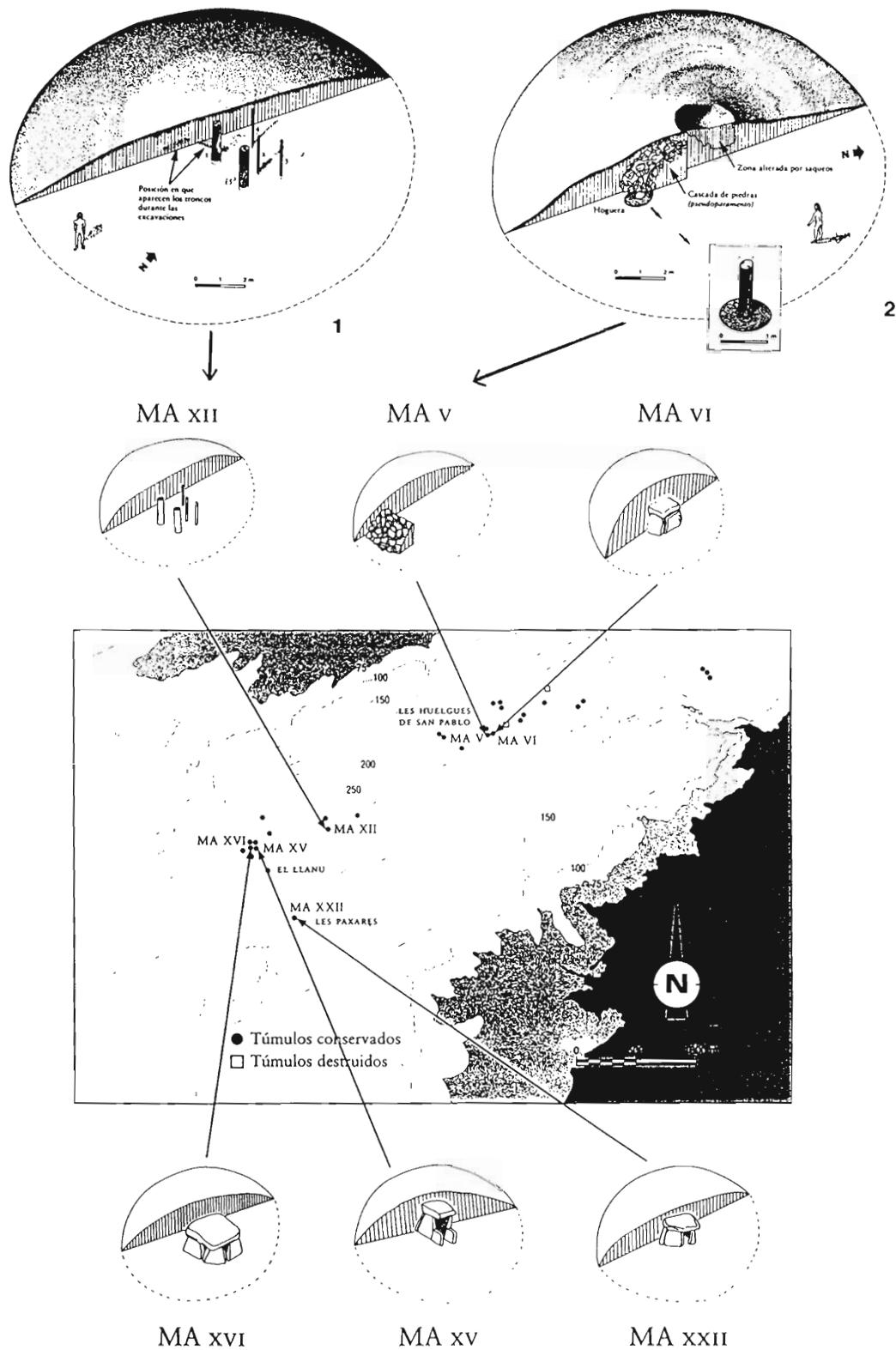


Figura 5. Conjunto de Monte Aéreo y esquema tipológico de las estructuras excavadas (3); con mayor detalle Monte Aéreo XII (1) y Monte Aéreo V (2) (según de Blas, 2000, figs. 2 y 3).

con decoración antropomorfa. Sin embargo, sería preciso conocer otros enterramientos para decantarse por esta sugerencia.

Del mismo modo, el yacimiento navarro de Los Cascajos muestra distinto tratamiento por lo que se refiere al lugar de enterramiento de los individuos (necrópolis/dispersos por el poblado), pero también los sepulcros de fosa catalanes presentan una variación en la "riqueza" del ajuar, si nos atenemos al número de cuentas de variscita encontradas.

En una palabra, parece que en el Neolítico pleno es posible sugerir ya la existencia de una organización social no igualitaria, cuyo principio de diferenciación habría que establecer. Los enterramientos y el citado depósito de Los Cascajos mostrarían un ritual claramente relacionado, en mi opinión, con el mundo agrícola. Queda planteado para este yacimiento el interrogante de su eventual coincidencia con los enterramientos megalíticos, lo que ofrecería una visión aún más compleja de estos grupos neolíticos.

El enterramiento infantil, mucho menos numeroso que el de los adultos, a pesar de la alta mortalidad que cabe suponer para los individuos de corta edad, hace sospechar la existencia de diferencias también en este sentido, aunque es necesario de nuevo reunir más datos antes de aventurar explicaciones sobre este hecho. Por otra parte, se evidencia, creo que sin lugar a dudas, la existencia de variados rituales (empleo del ocre, uso del fuego, manipulación de los cuerpos, enterramiento primario o secundario, etcétera), bastante elaborados en ocasiones. Sin embargo, el insuficiente conocimiento que poseemos de dichos testimonios, nos impide completar la visión de los actos relacionados con el enterramiento y las creencias sobre la vida de ultratumba y, sobre todo, determinar su correcta posición cronológica en muchos casos.

El fenómeno megalítico parece introducirse de forma gradual, lo que en principio estaría en cierta contradicción con una llegada de gentes portadora de los nuevos ritos. Es el caso ya citado del megalitismo documentado en el noreste peninsular, surgido en el contexto de los sepulcros de fosa, correspondientes a grupos claramente agrícolas, pero también de los testimonios de la Meseta y la cornisa cantábrica.

En la primera, se documenta la existencia de un megalitismo sin grandes piedras pero con complicados rituales. Precisamente, la diversidad de monumentos inicial, así como la posible individualiza-

ción de algunos enterramientos en el interior de los mismos, podrían reflejar esa transición en la que el estatus del individuo es aún importante, como demuestran los ajuares personales existentes. Las tradiciones anteriores pueden en este sentido tener mucho peso, al igual que se ha observado en la cornisa cantábrica.

La supuesta función de estos monumentos parece haber sido convertirse en "*el referente territorial del paisaje cultural del valle*" (Rojo, Kunst y Palomino, 2002, p. 25), a través de su monumentalización mediante un túmulo (casos de Los Morcales o La Peña de la Abuela), pero también por la elección de situaciones que permiten un amplio dominio visual en la mayor parte de los casos. Rojo, Kunst y Palomino (2002, p. 21 y 36-37) han supuesto que grupos impulsados por un aumento de la población por crecimiento demográfico o por migración, que ponía en peligro su modo de vida tradicional, se vieron necesitados de símbolos perdurables en el espacio que sirvieran también como un "*certificado de propiedad sobre algunos recursos cada vez más restringidos*" (Rojo, Kunst y Palomino, 2002, p. 37). Éstos serían los referidos monumentos clausurados por el fuego que, al igual que otros, no parecen haber perdido el sentido sagrado, como evidencia la presencia de campaniformes, cuyos depositantes reivindicarían un vínculo con el "*linaje divino*" de los antepasados (fig. 3, 3) (Delibes y Etxeberría, 2002, p. 49-50). No obstante, ninguno de los monumentos fue reconstruido o reedificado de forma inmediata.

En la cornisa cantábrica, el fenómeno megalítico parece superponerse, en algún caso, a grupos de cazadores-recolectores de carácter estable, como los asturianos, sin que sea necesario pasar por un momento previo de economía agrícola, que sí se defiende para el País Vasco o Navarra, aunque no de forma unánime. Por otra parte, esta situación se hallaría perfectamente acorde con lo documentado en otras áreas de la fachada atlántica sobradamente conocidas (Bretaña). También en la zona septentrional peninsular es posible constatar la diversidad inicial, incluso en un mismo conjunto, lo que vendría a apoyar el referido peso de la tradición. La situación de los monumentos, sea en la montaña o en el llano, demostraría a mi juicio, su función de marcador territorial y de grupo, relacionándose dentro de ese mismo contexto con vías de paso (y de intercambio seguramente).

Pero muchos otros contenidos en los que no podemos detenernos podrían estar presentes en los monumentos. Restan asimismo diversas cuestiones por explicar. ¿A qué responde la existencia de áreas de habitación bajo algunos de los monumentos meseteños? La transformación de los enterramientos en “monumentos” parece comprobada y explicada de forma verosímil, pero el paso de hábitat a enterramiento tendría también que interpretarse razonablemente. Pudo suponer quizá la reafirmación en la ocupación de un área, una vez abandonados los poblados por grupos anteriores, evidenciándola mediante la implantación de tumbas monumentales como signos más visibles. ¿A qué se debe su aparición temprana, neolítica, en algunos lugares (fundamentalmente la vertiente septentrional, la atlántica y el interior peninsular), debiendo aguardar en otros (fachada mediterránea) a momentos posteriores para hallar este rito de enterramiento? ¿Cabría relacionar este hecho con la competencia entre diversos grupos, en la primera de las regiones citadas, por territorio/recursos?

Un último interrogante puede quedar planteado para finalizar. Los enterramientos megalíticos aparecen tanto aislados como formando conjuntos. Si partimos de la base de que se trata de panteones, lo que se hallaría en consonancia con las labores de limpieza existentes en algunos, es decir que se trata de sepulcros múltiples y sucesivos, podría sugerirse que cada uno de los conjuntos en que se integran (alguno de los cuales incluye restos de estructuras de hábitat cuya relación habría que establecer), pudieron constituir la necrópolis de un determinado grupo. Pero, cabe preguntarse si todos los componentes del mismo tendrían aquí su última morada o únicamente los miembros de algunos de los grupos de filiación. Al menos los niños parecen haber tenido otro tipo de enterramiento, si es que ha existido. Además, habría que tener en cuenta también los enterramientos en cueva o abrigo posiblemente contemporáneos. Todo ello sólo puede ser explicado mediante un conocimiento mejor del número de individuos enterrados, del sexo y edad de los mismos y de las peculiaridades de sus ajuares, sin olvidar, desde luego, su cronología. Por el momento, no podemos sino esbozar algunas de las múltiples facetas que presenta el mundo funerario de los grupos neolíticos peninsulares con la esperanza de que los trabajos en marcha resuelvan los interrogantes existentes para la mayor parte de ellas.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALCOLEA, J. *et alii*, 1994: “Las representaciones esquemáticas del Abrigo de Belén (Torremocha, Madrid)”, *Estudios de Prehistoria y Arqueología madrileñas*, 9, p. 29-32.
- BEGUIRISTAIN, M<sup>a</sup> A. *et alii*, 1999: “Acerca del megalitismo en Navarra: el inicio de un proyecto de investigación”, *II Congreso del Neolítico a la Península Ibérica (7-9 de abril de 1999)*, *Saguntum*, extra-2, p. 435-438.
- BLAS, M. A. DE, 1987: “La ocupación megalítica en el borde costero cantábrico: El caso particular del sector asturiano”, *El megalitismo en la Península Ibérica*, Madrid, p. 127-141.
- BLAS, M. A. DE, 1993: “El Monte Areo, La Llaguna de Niévares y la Cobertoria: tres espacios funerarios para la comprensión del complejo cultural megalítico en el Centro de Asturias”, *1º Congreso de Arqueología peninsular* (Porto, 12-18 de Octubre de 1993), II, p. 163-184.
- BLAS, M. A. DE, 2000: “La neolitización del litoral cantábrico en su expresión más consolidada: la presencia de los primeros túmulos”, *3º Congreso de Arqueología peninsular (Vila Real-septiembre de 1999)*, *Neolitização e megalitismo da Península Ibérica*, p. 214-238.
- BUENO, P., 2000: “El espacio de la muerte en los grupos neolíticos y calcolíticos de la Extremadura española: las arquitecturas megalíticas”, *Extremadura Arqueológica*, VIII: *El megalitismo en Extremadura (Homenaje a Elías Diéguez Luengo)*, Mérida, p. 35-80.
- CARDITO, M<sup>a</sup> L., 1999-2000: “Arte rupestre postpaleolítico en la Comunidad de Madrid”, *La Arqueología Madrileña en el final del Siglo XX: desde la Prehistoria hasta el Año 2000* (E. Ruano, dir. y coord.), *BolAEspAArg*, 39-40, p. 141-145.
- DELIBES, G. y ROJO, M., 1992: “Ecos mediterráneos en los ajuares dolménicos burgaleses”, *Aragón/litoral mediterráneo. Intercambios culturales durante la Prehistoria. Homenaje a J. Maluquer* (Utrilla, P., coord.), Zaragoza, p. 383-388.
- DELIBES, G. y ZAPATERO, P., 1996: “De lugar de habitación a sepulcro monumental: una reflexión sobre la trayectoria del yacimiento neolítico de La Velilla, en Osorno (Palencia)”, *I Congreso del Neolítico a la Península Ibérica, Gavá-Bellaterra*, 1995, vol. 1, p. 337-348.

- DELIBES, G. y ETXEBERRIA, F., 2002: "Fuego y cal en el sepulcro colectivo de "El Miradero" (Valladolid): ¿accidente, ritual o burocracia de la muerte?", *Sobre el significado del Fuego en los Rituales Funerarios del Neolítico* (M. Rojo y M. Kunst, eds.), *Studia Archaeologica*, Valladolid, p. 38-58.
- DÍAZ DEL RÍO, P., 1996: "El enterramiento colectivo de "El Rebollosillo" (Torrelaguna)", *Reunión de Arqueología madrileña* (25-26 de enero), Madrid, p. 198-200.
- DÍEZ, A., 1996: "Una cabaña neolítica en los Picos de Europa", *I Congrés del Neolític a la Península Ibérica* (Gavá-Bellaterra, 1995), vol. 1, p. 349-356.
- GARCÍA, J. y SESMA, J., 1999: "Talleres de sílex versus lugares de habitación. Los Cascajos (Los Arcos, Navarra), un ejemplo de neolitización en el Alto Valle del Ebro", *II Congrés del Neolític a la Península Ibérica* (7-9 de abril de 1999), *Saguntum*, extra-2, Valencia, p. 343-350.
- GORROCHATÉGUI, J. y YARRITU, M<sup>a</sup> J., 1990: "El Complejo Cultural del Neolítico Final-Edad del Bronce en el País Vasco Cantábrico", *Munibe*, 42, p. 107-123.
- JIMÉNEZ, S. A., 1990: "Rituales funerarios neolíticos en la Alta Andalucía. Estado actual de la cuestión", *Zephyrus*, XLIII, p. 125-130.
- JIMÉNEZ, J., 1998: "La neolitización en la cuenca alta del Tajo. Nuevas propuestas interpretativas para el Neolítico de la Meseta", *Complutum*, 9, p. 27-47.
- JIMÉNEZ, J., 2001: "El Parral (Segovia). Caracterización del Epipaleolítico del interior peninsular", *Estudios de prehistoria y arqueología madrileñas*, 11, p. 37-44.
- LOHRKE, B., WIEDMANN, B. y ALT, K.W., 2002: "Die Anthropologische Bestimmung der menschlichen Skelettreste aus La Peña de la Abuela, Ambrona (Prov. Soria)", *Sobre el significado del Fuego en los Rituales Funerarios del Neolítico* (M. Rojo y M. Kunst, eds.), *Studia Archaeologica*, Valladolid, p. 83-98 (traducción castellana p. 89-98).
- LÓPEZ, C., 2002: "Huesos quemados, hogares y sepulcros incendiados. El fuego en los sepulcros monumentales de Cameros", *Sobre el significado del Fuego en los Rituales Funerarios del Neolítico* (M. Rojo y M. Kunst, eds.), *Studia Archaeologica*, Valladolid, p. 232-252.
- MARTÍN, A., 1992: "Dinámica del Neolítico antiguo y medio en Cataluña", *Aragón/litoral mediterráneo: intercambios culturales durante la Prehistoria* (Utrilla, P., coord.), *Homenaje a Juan Maluquer de Motes*, Zaragoza, p. 319-333.
- MÚJICA, J. A. y ARMENDÁRIZ, A., 1991: "Excavaciones en la estación megalítica de Murumendi (Beasain, Guipúzcoa)", *Munibe*, 43, p. 105-165.
- MUÑOZ, K., 2001: "Hallazgos neolíticos en las vegas de Aranjuez", *Estudios de prehistoria y arqueología madrileñas*, 11, p. 45-57.
- ROJO, M., 1994: "La relación hombre/espacio en el horizonte megalítico de La Lora (Burgos)", *1º Congreso de Arqueología peninsular* (Porto, 12-18 de Outubro de 1993), vol. IV, p. 81-98.
- ROJO, M. y KUNST, M., 1996: "Proyecto de colaboración hispano-alemán en torno a la introducción de la neolitización en las tierras del interior peninsular: planteamiento y primeros resultados", *CuPAUAM*, 23, p. 87-113.
- ROJO, M. y KUNST, M., 1999: "La Lámpara y La Peña de la Abuela. Propuesta secuencial del Neolítico Interior en el ámbito funerario", *II Congrés del neolític a la península Ibérica*, Gavá-Bellaterra, vol. 1, p. 239-250.
- ROJO, M., KUNST, M. y PALOMINO, A., 2002: "El fuego como procedimiento de clausura de tres tumbas monumentales de la Submeseta Norte", *Sobre el significado del Fuego en los Rituales Funerarios del Neolítico* (M. Rojo y M. Kunst, eds.), *Studia Archaeologica*, Valladolid, p. 21-38.
- ROJO, M. et alii, 1996: "Adornos de calaíta en los ajueres dolménicos de la provincia de Burgos: apuntes sobre su composición y procedencia", *I Congrés del Neolític a la Península Ibérica* (Gavá-Bellaterra, 1995), vol. 1, p. 239-250.
- RUBIO, I., 1981-1982: "Enterramientos neolíticos de la Península Ibérica", *CuPAUAM*, 7-8, p. 39-73.
- RUBIO, I., 1990: "Enterramiento y ritual en el Neolítico hispano", *Zephyrus*, XLIII, p. 137-141.
- SERNA, M<sup>a</sup> R., 1997: "Neolitización y megalitismo en la cornisa cantábrica: El yacimiento de Guriezo-Hayas", *IIº Congreso de Arqueología peninsular* (Zamora, 24-28 de septiembre de 1996), vol. IV, p. 199-206.
- TEIRA, L.C., 1994: "El megalitismo en Cantabria en el contexto de la Cornisa Cantábrica", *1º Congreso de Arqueología peninsular* (Porto, 12-18 de Outubro de 1993), vol. IV, p. 99-116.